

Legislatura de
BIBLIOTECA
"ESTEBAN
ECHOVERRIA"
S.M.B.S.



Para Ernesto
Montesana,
q. hasta consigue
hacerla a una pasable,
Con amor para él

Heroico Paysandú, yo te saludo,
hermano de la patria en que nací;
tus hechos y tus glorias esplendentes
se cantan en mi tierra como aquí.

Gabino Ezeiza

128

"porque yo quiero pasar al papel
—menguada hazaña— lo que está
hecho tan solo para las alas del
viento".

Enrique Amorim



María Esther de Miguel

22-4-84

Los recordos de la epopeya

“Jaque a Paysandú”

Por María Esther de Miguel

(Bruguera)

HACE años Amado Alonso comprobaba cierta incompatibilidad entre la novela histórica y la creación literaria, como si la materia narrada — los hechos reales o fehacientes — se resistieran porfiadamente a dejarse capturar entre las mallas del discurso literario, que sólo la hará perdurable al precio de someterla a sus propias leyes y metas. Estas reflexiones cobran nueva vigencia en la lectura de *Jaque a Paysandú*, de la novelista entrerriana María Esther de Miguel, cuya bibliografía cuenta con ponderables títulos. La autora de *Madre América* ha exhumado un episodio aislado de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1864-1870): el sitio de la población de Paysandú donde una facción rebelde se alzó contra el general Venancio Flores que, sin la anuencia unánime del comando supremo, impuso su dominio sobre la Banda Oriental. Es de recordarse que la denodada resistencia y final derrota de los sanduceros (como se llama a los oriundos de allí) ha encendido el estro épico de estimables poetas como Olegario Andrade y Guido Spano, que le han dedicado elegías cívicas de vibrante acento.

María Esther de Miguel lo aborda aquí en su dialéctica complejidad, sin maniqueísmos ni arrebatos, con objetividad no despojada de emoción, dividiva gracias a su diestra composición y a un lenguaje de infrecuente propiedad y jerarquía. Sigue así la dirección de la nueva novela histórica, equidistante de la exaltación romántica y de la fría reconstrucción arqueológica, tributaria de ambas sin caer en sus excesos. La historia está vista, pues, en esta novela — como recomendaba Georgy Lukács — no como un gran fresco, lo cual podría diluirla en lo genérico y monumental, sino desde un circunscrito trascurrir de individuos singulares, cuyo relieve personal no impide, antes favorece, su proyección profunda y permanente. El relato es históricamente digno en su versión de los hechos y su ambientación local, sin que lo menoscaben los “racontos” de la vida anterior de algunos reunidos un tanto fortuitamente en la ciudad sitiada y que transportan al lector a Montevideo o a París. Prevalece la perspectiva apasionada de los personajes.

instalándose la narradora en ellos, aunque sin deponer la distancia, a cuyo solo favor puede configurarse ese mundo autónomo que la intuición artística suele suscitar.

En ese mundo trascendente al hecho motivador se destindan tensiones humanas, fuerzas vitales de remoto alcance, consignas lucidas de intrepidez o porfía y trasfondos inconfesables, heroísmo que se confunde con obcecación suicida y vesania que se reviste de ocasional coraje.

Se logra así una grata e inquietante ambigüedad poética, sin quebrar la fidelidad, en una gradación de los días finales y decisivos de la catástrofe. La ambigüedad irradia a distintos planos, desde el transcurrir exterior de los hechos que culminan en inexorable desenlace hasta la conciencia íntima de los protagonistas a distintos niveles en los que se debaten la temeridad y el miedo, la rebeldía y el fatalismo, la nostalgia de una vida apacible y la voluptuosidad genésica del peligro. Por momentos parece realizarse el valor en sí mismo, el honor de morir por una noble convicción y en otros se fustiga la guerra como culpable necesidad, como vano e irresponsable alarde. Se entrelazan así el himno bélico y el alegato pacifista con naturalidad, pues todo emana de los personajes, confundidos y perplejos ante una realidad que los excede.

Algunos de estos personajes poseen excepcional vigor, como Guadalberto, audaz y reflexivo, o Gómez, la altiva tenacidad que lo obnubila, como Constance, la trasplantada a un mundo que ni al morir comprende. No menos lograda es la caracterización de otros destinos más humildes: Juanuario, Rosario, el padre Belendo, doña Zenobia, Desideria, Piriz y el Goyo Jeta. Hasta el General Flores es presentado con su campechanía y cálculo, como para eludir polarizaciones entre justos y reprobos. Imporante hallazgo de la novelista es el vaiven estilístico entre coloquial, sereno y solemne, nunca forzado ni inverosímil. La intercalación de frases hechas no disuena en la impresión de conjunto. Queda así esta nueva novela de María Esther de Miguel como un positivo aporte en la indagación de la conflictiva realidad continental a través de un lenguaje narrativo que la ahonda y la rescata de su circunstancia. (225 páginas.)

Delfín Leocadio Garasa

(C) LA NACIÓN

Voz emotiva de una escritura

"Dos para arriba, uno
para abajo"

Por Maria Esther de Miguel

(Editorial Pleamar)

EN los textos de la primera parte de este nuevo libro de María Esther de Miguel que sucede a *Jaque a Paysandú*, su muy válida novela anterior, el tema único, dramático y crítico es -salvo en uno con otra historia que lo relega- la guerra de Malvinas. Tema que uniforma los relatos cuyas mínimas variaciones circunstanciales reiteran componentes anecdóticos (la mutilación, la muerte, las acciones bélicas, la recurrencia biográfica) que no contribuyen a la relevancia de su carácter; éste se define en la dilación de digresiones, por cierto en favor del clima subjetivo de los personajes y la guerra, que son el sustento absorbente de su interés.

La segunda parte recopila trabajos cuya proyección se debe, también como en los anteriores, más al tratamiento de los personajes que al de la trama argumental: una anciana que teje (*Uno para arriba dos para abajo*) en la rememoración de su desdicha matrimonial y su revancha; un paria y su perro en Nochebuena; el príncipe -exiliado- de un país ignoto; el amante que mata y delira el tiempo real de su castigo; el soltero esquivo y su rendición al amor; los apuntes biográficos de hombres y mujeres como partes de la cosmopolita filiación argentina; el marido y la justificación inútil de su infidelidad; el enamorado en la ilusión de un carnaval pueblerino y un equívoco que fragua el desencanto; la muchacha y la anciana que remontan

MARIA ESTHER DE MIGUEL



sus raíces y las arrancan del secreto y del silencio confabulados.

Para la más ecuaníme estimación de este volumen, conviene eximirlo de la ausencia de rigor en su estructura integral (se trata de piezas apenas reunidas y no elaboradas o seleccionadas en beneficio de una organización armoniosamente articulada), así como conviene soslayar cierta inconsistencia, también estructural, de algunos textos. Sirvan dos ejemplos de prueba a este reparo: en las cartas de *Querido Marcelo*, *querida Isabel*, la innecesaria referencia recordatoria de hechos -evidentemente consignados para informar al lector- que no se justifican narrados a los mismos destinatarios que los vivieron y los conocen; en *Pequeña crónica de carnaval*, el equi-

librio del desarrollo, vulnerado por las últimas palabras de la muchacha enamorada, el párrafo final y su conclusión reveladora, tres elementos que requieren otra estrategia.

Pero no es en las historias donde podrá hallarse el deleite nada desdeñable de los trabajos de María Esther de Miguel, autora cuyo dominio es, antes que el de la invención argumental, el del registro de su voz, más *decidora* que narrativa. La validez profesional de su escritura, al servicio sobre todo del tratamiento sensitivo de personajes, es su rasgo más diferenciado y apreciable. Sus recursos, notablemente honestos y sencillos, acuden a la destreza de la indagación subjetiva en una suerte de espontaneidad casi hecha de puros reflejos; a los giros coloquiales (es muy significativa la insistencia en la expresión *solita mi alma*); al humor enternecido, y hasta a vulgarismos valorizados por una exacta elaboración rítmica, sintáctica y morfológica.

Todo ello me hace (más que pensar) sentir la escritura de María Esther de Miguel como sostenida por un pulso cuyo flujo alterna sin desfallecimientos la diástole sensible y emotiva con el intervalo lúcido de la sistole intelectual. Ese intermitente latido secreto procede de una adhesión vitalista en su actitud creadora y ésta, a su vez, prefiere la unanimidad temática del afecto, *incondicionalmente* solidario con la condición humana. Por eso la disparidad cualitativa de estos textos no distrae del valioso decir de una voz auténtica, cuyos registros mayores han quedado ya consignados en sus libros más representativos. (170 páginas.)

Jorge Masciángoli

(c) LA NACION